



**JAIME SABINES**  
*por Elva Macías*

Marco Antonio Campos nos ha preguntado cuáles son nuestros autores favoritos, los que leemos o los que han influido en nuestro trabajo literario. Mencioné a mis tres autores tan favoritos como diferentes entre sí: Jaime Sabines, Rubén Bonifaz Nuño y Rosario Castellanos. De lo que no puedo dar fe es de que yo haya asimilado conscientemente su influencia. Los tres prodigan muy diferentes fuentes y más que su influencia estilística en mi trabajo, detecto impulsos o estímulos que me provocan. La lectura de la Castellanos, por ejemplo, me ofrece un mundo y una atmósfera temática que me son entrañables y si los tocara trataría de hacerlo en forma muy diferente. En el caso de los otros dos, soy una lectora asombrada entre la estructura de hoguera de la poesía de Bonifaz Nuño y la terrena desolación, después del incendio, de Sabines.

Como es harto conocido, los chiapanecos somos muy tribales, no triviales. ¿Y qué le vamos a hacer? Ahí estaban los libros de Jaime Sabines en las bibliotecas escolares y familiares. Y en muchas tardes, sobre todo en las lluviosas, porque entonces además de ponernos románticos no podíamos andar en la calle, nos reuníamos cinco o seis amigos de la secundaria, en Tuxtla Gutiérrez, y resultaban unas verdaderas veladas literario-musicales muy al tono del Siglo XIX, sobre todo por la revoltura que candorosamente escuchábamos. Mi amiga María tocaba la serenata de Schubert; Estelita Orantes, que más tarde fue reina del carnaval, declamaba, lo único que sabía hacer, *Por el arte*, poema así titulado del poeta chiapaneco del siglo pasado, Rodolfo Figueroa, donde se describe a un estudiante de medicina que, en aras de la belleza, se niega a hacer la amputación de un seno a una muerta, aunque lo reprueben; pero tiene su recompensa, porque en el último verso dice que ve en la faz de la muerta, una sonrisa.

No puedo dejar de hacer estas referencias porque son las primeras que tengo de la obra de Sabines y me llegan de golpe con el título de este ciclo "Los jóvenes y sus autores", ya que éramos adolescentes descubriendo su poesía. Me parecen inevitables también porque se refieren a la geografía del poeta que hablamos, a nuestra geografía: entre los sillones mullidos de la sala, rodeados de helechos, en el calor de la tarde, bajo la lluvia, oíamos a Sabines,

y quiero destacar que lo oíamos porque la voz de Garduño cerraba la atmósfera de esa poesía, era de esa tesitura que algunos de los poetas del trópico, de la tierra, tienen. Y como señala Sandro Cohen en su recién aparecida antología, *Palabra nueva*, pertenezco a la larga tradición de poetas chiapanecos que tienen, creo yo, su momento más álgido en la poesía de Sábines. Tan es una tradición que sólo esta noche, en esta mesa, hemos tres del mismo origen. Yo asumo muy gustosa esta tradición aunque tenga su lado peligroso, dice Eraclio Zepeda que cuesta más de veinte años quitarse la denominación de "joven poeta" y otros tantos si se es "joven poeta chiapaneco".

Estas son las referencias iniciales, después ha quedado la huella permanente y sigo leyendo a Sábines a pesar de que está en las bibliotecas escolares y familiares, a pesar de que es chiapaneco y a pesar de que es tan macho y tan bien parecido.

Otra cuestión que también me motiva el tema de este encuentro es: si es que esta encuesta se hubiera realizado hace unos veinte años, ¿de qué autor hablaría el joven Sábines?

En 1959, José Casahonda Castillo le hace una entrevista que reproduce en su libro *12 poetas chiapanecos* de 1976. Jaime Sábines, entonces de 32 años y tres libros publicados, *Horas*, *La señal* y *Tarumba*, dice respondiendo a la pregunta "¿Cuáles son las características de la poesía mexicana moderna?"

—Creo que son numerosas, tantas como poetas hay. Entiendo como poesía mexicana moderna, a los poetas mexicanos modernos. Se ha hablado del "medio tono" como característica fundamental, pero esto no es más que la definición de un lirismo mediocre y estandarizado. Las mejores voces —Díaz Mirón, Velarde, Pellicer y el mismo Gorostiza son voces fuertes, abiertas y precisas. "Muerte sin fin" es un poema a todo volumen.

Y a la pregunta "¿Tus poetas mexicanos preferidos?", responde:

—Los cuatro mencionados y Othón. Y Margarita Michelena. Y ese muchacho que empieza estupendamente: Montes de Oca.

Un poco más adelante encontramos su opinión, de hace veintidós años, sobre Octavio Paz:

—He tratado de convencerme de que es un gran poeta, pero no lo he logrado. No sé. No me gusta. Como que hace su poesía asépticamente. No lo conozco personalmente. Se me hace que se pone delantal, mascarilla y guantes para escribir. Sus versos son buenos, impecables, de una persona que sabe el oficio. Todo él es apropiado y correcto. Sus metáforas son las indicadas, sus párrafos, sus pausas, todo él es indicado por el buen gusto y el acierto. Pero creo, siento, que le falta algo: fuerza, convicción, entusiasmo. No me gustan los poemas en donde no se ve al poeta, ni al hombre. Pura construcción, pura objetividad, sin mancha, y sin rastro. Tal vez eso sea la poesía, la belleza, con mayúsculas. . . No sé. Creo que, en el fondo, es una gente sin casa y sin nombre. No es mexicano, ni europeo, ni asiático, ni de ninguna parte; por eso no puede ser universal. Pero temo mucho estar equivocado. No me agrada definir así, tan fácilmente, a las gentes, Octavio Paz, en realidad, es un problema mío.

Interesante sería, ahora, saber cuáles de los poetas que mencionó en la segunda respuesta siguen siendo de su preferencia y qué opina de Octavio Paz. Sería interesante y difícil a la vez, ya que una de las características del autor que nos ocupa es esa, la de ser únicamente autor, poeta y nada más y nada menos. . . Sábines no es traductor de grandes poetas extranjeros, no dirige revistas y suplementos literarios, no firma desplegados, no es iniciador de jóvenes escritores, no hace vida académica, no da entrevistas, no promueve la cultura, ni promueve su propia obra.

Así que lo que nos queda y quedará permanentemente de Jaime Sabines es simplemente su obra maravillosa y aterradora. Su obra desnuda para que la diseccionen los críticos, yo no lo soy, y para nuestro dolor y nuestro deleite quedarán, usando sus propias palabras, sus poemas en donde se ve al poeta y al hombre.

